

gobierno pontificio, prudente y considerado en cuanto cabe, á pesar de la impotencia de los medios materiales que opuso á los desórdenes, no se atrevió á hacer mayores alardes de fuerza para no exacerbar mas los ánimos, y se concretó á ejercer una severa vigilancia para con los extranjeros. Pio VI que en todas las disposiciones que tomaba, habia de luchar con el grave inconveniente de la penuria del tesoro, penuria ocasionada por los crecidísimos gastos que el bien público y el espíritu de humanidad habian traído, vióse precisado á tomar, entre otras providencias económicas, la de crear papel moneda; mas como esto requiere un crédito especial que cuando no existe, ha de buscarse por medio de garantías, Pio VI no vaciló en vender sus coches y caballos para atender con el producto al consabido y preferente objeto.

Todos estos y otros no menos loables esfuerzos que estaba haciendo el Sumo Pontífice, no fueron parte para evitar los desastres que amenazaban. En Italia estaba en toda su fuerza la lucha entre austriacos y franceses, lucha que iba á recibir notable incremento con el mero hecho de haberse confiado el mando de las tropas francesas al que por sus triunfos militares iba á conseguir el título de Gran Capitan del siglo. Las tropas francesas no iban mas que á propagar las ideas que habian dado origen al sangriento drama de la revolucion, y al propagar estas ideas no se trataba ciertamente de respetar tradiciones ni derechos. Así ya se deja comprender que no necesitó provocaciones ni motivos de cualquier clase el general de la república que en junio de 1796 emprendió una expedicion contra la ciudad de Bolonia, amenazando al propio tiempo invadir todos los Estados de la Iglesia, so pretexto de castigar á los que fuesen adictos al partido austriaco que era el partido del órden contra el desórden, del derecho contra la fuerza. Pio VI acudió desde luego á la intervencion del duque de Toscana que estaba en paz con la república por haber concluido un tratado mucho tiempo antes; mas habiendo sido estéril esta mediacion, Pio VI apeló á la del señor Azara, ministro de España en Roma, y por su medio se firmó en Bolonia el dia 23 de julio de 1796 un armisticio, segun el cual el papa habia de perder las legaciones de Bolonia y Ferrara, acceder á que se ocupase la ciudadela de Ancona, pagar veinte y un millones, y entregar al vencedor lo mas escogido de las preciosidades artísticas y literarias que contenia la ciudad de Roma.

No se hace difícil comprender cuan mal recibidas habian de ser estas severas medidas aceptadas únicamente en fuerza de la necesidad; así fué que en alguna de las provincias

sometidas al dominio de la Santa Sede se suscitaron graves desórdenes en los cuales se quiso protestar contra el mencionado armisticio; mas como el Sumo Pontífice estaba resuelto á cumplir en todas sus partes el tratado, hicieronse esfuerzos supremos para reunir, como se reunió, perentoriamente la cantidad exigida, para lo cual fué indispensable utilizar en una cantidad crecidísima los vasos sagrados y demás riquezas de las iglesias.

Lo mas sensible es que tantos afanes y sacrificios habian de ser enteramente estériles, como lo revela el hecho de haberse negado el Directorio á sancionar el consabido armisticio sin que el Papa retractase solemnemente sus breves relativos á la constitucion civil del clero. Semejante exigencia no podia ni debia admitirla Pio VI, por cuanto hubiera contradicho formal y abiertamente las doctrinas de la Iglesia: inútil es por lo tanto añadir que la Santa Sede se negó terminantemente á la citada exigencia. Los sucesos continuaron entonces el emprendido sesgo. Napoleon Bonaparte logró á la sazón apoderarse de una carta dirigida por el cardenal secretario de Estado al nuncio apostólico en Viena, carta que tendia á buscar auxilio contra los franceses. Esto le bastó á Bonaparte para entrar nuevamente por tierras de los Estados Pontificios saqueando vilmente la rica iglesia de nuestra Señora de Loreto: el terror y la consternacion que se apoderó entonces de la corte pontificia motivaron las negociaciones que dieron por resultado la conclusion del tratado de Tolentino. Roma perdió las tres legaciones de Bolonia, Ferrara y Ravena, hubo de admitir guarnicion francesa en Ancona, pagar treinta millones, proporcionar mil seiscientos caballos equipados, con otras condiciones igualmente ofensivas y onerosas.

Si no fueran bastante significativos por sí solos estos hechos, bastaria recordar las palabras de Napoleon para conocer las miras que llevaban con respecto á Roma así la república francesa como su general en Italia. "Los motivos que he tenido para concluir este tratado, escribió Bonaparte al Directorio, se fundan: 1º en que vale mas tener las tres mejores provincias de los Estados eclesiásticos, dadas por el papa, que todos sus Estados, debiendo ser ratificados en la paz general, en la que tenemos ya tantas cláusulas que arreglar: 2º porque el rey de Nápoles parecia decidido á intervenir en la negociacion; 3º porque para nosotros valen mas treinta millones que diez veces Roma, de la cual no hubiéramos sacado en líquido cinco millones, habiendo sido todo empaquetado y enviado á Terracina; 4º porque esto puede ser un preliminar para la paz general.



En mi concepto Roma, una vez privada de Bolonia, Ferrara, la Romanía y de los treinta millones que le quitamos, no podrá subsistir, y entonces esa antigua máquina se caerá á pedazos por sí propia. No he dicho una palabra de religion, porque es evidente que por medio de la persuasion y la esperanza, haremos dar á esta gente muchos pasos, que podrán ser entonces verdaderamente útiles á nuestra tranquilidad interior. Si vosotros quereis proporecionar las bases, yo iré trabajando é induciré á la corte de Roma á lo que juzgueis conveniente."

Estas sucintas frases indican por sí solas toda la estension de las miras del general Bonaparte que tan tristes páginas reservaba á la historia de Roma. Sin embargo manifestaba que habia un plan preconcebido, que no se trataba de una cuestion de derecho, sino de un intento fraguado tan solo con ambiciosas miras en lucha con los intereses de la justicia y de la religion. ¡Qué lógica para justificar los ataques contra el poder temporal de la Iglesia! Pero reservamos para mas adelante las reflexiones, y veamos cómo un autor contemporáneo, con su reconocida imparcialidad, reasume los sucesos que inmediatamente subsiguieron á estas primeras invasiones hechas por el general Bonaparte en los Estados de la Iglesia.

"Fingiendo entonces, dice, un ardiente entusiasmo por esa libertad cuyo nombre habia servido de salvo conducto para tantos crímenes, iba suscitando revoluciones en todas partes. Las instrucciones que dirigia el 9 de noviembre de 1797 á uno de sus agentes en Italia, demuestran que su objeto era la destruccion completa de lo que él llamaba tiranos; ellas indican tambien los medios de realizar esta destruccion y de convertir en república toda la península. Como maestro de la revolucion, daba reglas para escitar al pueblo contra la nobleza y contra el clero, establecer el espionaje y la seduccion, halagar las malas pasiones, y preparar la disolucion de los Estados. Tampoco disimulaba su antipatía contra la corte de Nápoles, y decia á su agente que en 1796 se habian gastado trescientos seis mil francos para formarse un partido en aquel reino. Consecuente con estos principios de propaganda revolucionaria, disimulaba sus verdaderos planes con respecto á la religion, reservándose para mas tarde el descubrirlos, el hablar de su deseo de que á una creencia estúpida se la reemplazase con el culto de los hombres libres. Esto era seguir puntualmente las huellas del Directorio, cuya política tenia por objeto insurreccionar la Europa entera. Despues de haber creado una república báltava, una república cisalpina y una república liguriana, aquel gobierno propagandista invadió la

Suiza el 28 de enero de 1798, pretestando apoyar las reclamaciones de algunos patriotas valdenses, y su agente Rapiñat cometió todas las exacciones que de su curioso nombre podian prometerse. Habiendo sido despojado Carlos Manuel IV (que sucedió el 16 de octubre de 1796 á su padre Víctor Amadeo) de todas sus plazas fuertes, y por lo tanto de todos los medios de defensa, recibió el 6 de diciembre de 1798 la orden de salir de sus Estados de tierra firme. Se retiró á Cerdeña, abdicó despues en su hermano, el duque de Aosto, y vivió en Roma entregado del todo á ejercicios de piedad. El Directorio declaró tambien la guerra al rey de Nápoles, intimó definitivamente al duque de Toscana la orden de que saliera de sus Estados y se apoderó de ellos, ó mejor dicho, de la Italia. Tal era el proceder de aquellos republicanos ambiciosos é intolerantes.

Estas noticias generales relativas á la conducta del Directorio, servirán para que se comprenda con mayor claridad lo que pasaba en Roma. Habiéndose ratificado el tratado de Tolentino por una y otra parte, quedó la ciudad víctima de la anarquía. Pío VI ya no era considerado por parte de algunos, mas que como un esclavo de los franceses, y la precision en que para cumplir con el tratado se veia de imponer al pueblo una contribucion cuatro veces mayor que todas las rentas del Estado eclesiástico, era motivo para que otros le consideráran como un tirano. Al cardenal Busca sucedió en las funciones de secretario de Estado, el cardenal José Doria, hermano del generoso príncipe del mismo nombre, y este prelado cuya firmeza de carácter no era su principal dote, debió hacer frente á las facciones opuestas.

En tan críticas circunstancias Pío VI recibió algun consuelo de parte del rey de España. Este monarca conmovido altamente en vista de los conflictos que amenazaban al Santo Padre, envió cerca de él para consolarle al cardenal Lorenzana, arzobispo de Toledo, con otros dos prelados que fueron los señores Espuig, arzobispo de Sevilla, y Murquiz, arzobispo de Seleucia y confesor de la reina. Si bien Pío VI no sacó en realidad de esta embajada un socorro muy positivo, se mostró sin embargo muy agradecido á la atencion del monarca español. El cardenal Lorenzana probó con su conducta que el rey habia hecho buena eleccion en su persona; pues habiendo regresado á España pocos meses despues los dos prelados que le acompañaban, él permaneció constantemente al lado del papa, y ni aun en su cautiverio le abandonó; y el consuelo de ver á su lado en sus últimos infortunios á un prelado tan leal y virtuoso es un be-



neficio que debió á los buenos sentimientos del monarca español Carlos IV.

El año 1797 solo fué una série de inquietudes, disgustos y amargas humillaciones que probaron la paciencia y el valor del virtuoso Pontífice. Pero su salud no pudo resistir á tan violentos esfuerzos: una grave enfermedad puso en peligro su existencia, y de este incidente y de las demás calamidades, resultó que el desórden llegó á su colmo. Pasquines revolucionarios, obra de los enemigos de la tranquilidad pública, llenaban de espanto y paralizaban la accion del gobierno. El sobrino del Papa vióse insultado debiendo salir de Roma para librarse de los desmanes de una tropa de facciosos y descontentos. Sin embargo, la salud del Pontífice se restableció; pero su convalecencia no calmó la fermentacion que reinaba en todas las partes del Estado eclesiástico. El gobierno despues de haber sido espectador pasivo de estas turbulencias, acordó tomar medidas enérgicas para contenerlas y restablecer la calma: mandó prender á los gefes de los sediciosos, el cirujano Angelucci, los liberos Bouchard, y el judío Ascanelli, en cuyo poder se hallaron mas de diez mil escarapelas amarillas, color del pueblo romano, y un almacen de armas de fuego: se reveló la guarnicion de Roma; proveyóse de víveres y municiones el castillo de San Angelo, y se distribuyeron tropas en varios barrios de la ciudad. Estas precauciones no calmaron el descontento público causado por la escasez de numerario y el estremado desórden de la hacienda: los billetes del banco cuyas emisiones se habian debido multiplicar, caian continuamente en un funesto descrédito, que daba margen á la murmuracion general. Solo le quedaba al Pontífice un recurso, del cual su piedad rehusaba valerse; pero en fin cediendo á la imperiosa voz del bien público, se resolvió á tomar del clero, así regular como secular, un empréstito hasta la sesta parte del valor de sus bienes al interés del 3 por 100. Esto produjo gran rumor en el clero, si bien todos los que se hallaban animados del verdadero espíritu de la religion conocian que no se podia hacer mejor uso de los bienes eclesiásticos que emplearlos en salvar á la Iglesia. Llegaron finalmente las cosas á tal extremo, que el gobierno no podia tomar una precaucion que no agravase el mal, ni dar un paso que no produjera nuevos descontentos y nuevas quejas. Aquel venerable Pontífice que solo habia hecho uso de su poder para hacer felices y siempre habia gobernado sus Estados mas como padre que como soberano, aquel digno objeto de tanto respeto y veneracion, que el pueblo habia acostumbrado á considerar como imágen de Dios sobre la tierra, se vió por último es-

puesto á insultos y ultrajes, viéndose reducido á temer el puñal de los asesinos y á tomar precauciones de seguridad: su guardia, que en otros tiempos solo era un objeto que contribuía á la pompa de las solemnidades pontificias, debió ser en adelante un baluarte indispensable á su persona."

El carácter de estos acontecimientos basta y sobra para indicar el extremo á que habian de llevar sus planes los revolucionarios. ¿Qué podia hacer el Sumo Pontífice en semejantes circunstancias? Nada mas que sobrellevar con resignacion el peso de la adversidad que la Providencia le habia reservado. La persecucion era general entonces á todos los estados de Italia; cuando en nada se tenia el derecho de gentes, ni la razon ni la justicia, mal podia esperarse que produjese algun efecto el carácter particular y mas sagrado que debia considerarse en el poder temporal del papa.

El primer resultado de las disensiones intestinas que se manifestaron con tanto descaro en la ciudad de Roma, fué la declaracion de guerra por parte de la nueva república cisalpina. El Sumo Pontífice trató de salvar este conflicto reconociendo al gobierno de la citada república; pero este nuevo estado creyó encontrar entre los pergaminos de su noble ascendencia una injusticia cometida por el rey Pipino al separar del exarcato de Ravena algunas fracciones de la Marca de Ancona y del ducado de Urbino en perjuicio de la república cisalpina, y se decidió á tomar el fuerte de San Leon situado en la frontera del ducado de Urbino, como se hizo en 1797. No hubiera terminado aquí probablemente la invasion, si no la hubiesen contenido las armas de Bonaparte, secundadas por la oposicion del pais y por la actitud pacífica de Pio VI que manifestó deseos de seguir en buenas relaciones con la república mencionada, reconociendo su autonomia política y administrativa.

Esta misma actitud pacífica la conservó Pio VI hasta el último momento: mientras públicamente se sabia que en la casa del representante del Directorio francés en Roma se hablaba sin rebozo de la necesidad de echar abajo el trono del Sumo Pontífice, y se tenian conversaciones y se formaban sátiras de grandes é inconcebibles defectos que se atribuian á los papas, Pio VI se contentaba con que algunas patrullas recorriesen de noche los barrios mas poblados para conservar el órden y la tranquilidad. Cuando ya no solamente se hablaba mal de los papas en la embajada francesa, sino que hasta se preparó y realizó allí un motin, el gobierno pontificio ni siquiera pudo enterarse de él hasta que un centinela leal á su soberano se defendió, como debia hacerlo, al verse directa y personalmente amenazado, y se



defendió dando muerte á un hombre de oscura apariencia que quiso imponerle la escarapela revolucionaria: pero ese hombre de apariencia oscura era nada menos que el general francés Duphot; y esta circunstancia bastó para que el Directorio, no contento con poner preso al nuncio del Papa en Paris, diese órden al general Berthier á fin de que desde Milan se dirigiese contra Roma.

Inútil es decir que semejante órden fué cumplida sin pérdida de momento y que el ejército conducido por dicho general llegó sin obstáculo á las puertas de Roma. Si no entró desde luego en la ciudad no fué ciertamente por consideración al Papa ni á los sagrados derechos que se iban á conculcar; solo se hizo dicha momentánea detencion en las puertas de Roma para dar cierta apariencia de legalidad á un escandaloso é imperdonable abuso. El general francés protestó que solo iba á Roma para castigar á los asesinos de Duphot, comprometiéndose desde luego á que las armas francesas garantizarian la conservacion de las bellezas y preciosidades de todo género que habia en la ciudad. El Sumo Pontífice acosado por las imperiosas exigencias del general, hubo de manifestar al público bajo su propia firma que la llegada del ejército francés no habia de inspirar el menor recelo; desde entonces y prévia una dispuesta invitación que se hizo dirigir al general francés, entró su ejército en la ciudad de Roma, quedando abolido de hecho el gobierno temporal del Sumo Pontífice. Tales fueron los medios á que apeló el Directorio para poner término al gobierno de las papas en sus antiguos estados. A la injusticia, al abuso á la violencia, á la falta completa de razon ó pretesto real ó aparente, el Sumo Pontífice Pio VI opuso únicamente su buena fe, su lealtad, el deseo de evitar desastres, y su resignacion cristiana. Compárese la conducta de unos y de otros; prescínbase por un momento de que pueda haber, ó haya habido alguna vez derechos en el mundo, y júzguese si un hecho de esta clase puede servir jamás de precedente histórico, en el sentido que se dá á esta palabra, para atacar la soberanía temporal de los Romanos Pontífices.

¿Qué mas podemos ya manifestar sobre el poco respeto que se tuvo al derecho que asistia al Soberano Pontífice como monarca de Roma? Absorbido completamente el gobierno de Roma y de los Estados de la Iglesia por el Directorio francés, ya no quedaba mas que hacer en este punto; la revolucion no podia ensañarse sino contra el Vicario de Jesucristo; le habia quitado la corona real, mas no podia quitarle la tiara de Pontífice. La revolucion no quería dejar incompleta su obra: en los ataques contra el poder temporal iban envueltos los futuros ataques á la autoridad espiritual.

Basta para convencerse de ello recordar los sucesos que subsiguieron inmediatamente á la entrada de los franceses en Roma, pues su lacónica reseña es mas significativa que todos los comentarios y reflexiones que pudiéramos aducir. Véase en qué términos refiere estos tristes sucesos el concienzudo y reputado historiador á quien hemos citado con elogio varias veces:

“Ora porque los revolucionarios hubiesen escogido á propósito este momento para hacer mas sensible al Pontífice su caida, ora porque el nuevo gobierno se encontrase por una casualidad bastante organizado para poder insinuar á Pio VI la abolicion de su autoridad, ello es que el calvinista Haller, administrador de hacienda y contribuciones de Italia, fué escogido con preferencia para anunciar al Pontífice rodeado del Sacro Colegio, que el pueblo Romano habia recobrado su soberanía y dejaba de reconocerle por su gefe temporal. El pontífice levantó los ojos al cielo, juntó las manos y adoró los decretos de la Providencia, que le sujetaba á tan dura prueba. Al punto licenciaron á su guardia: en su lugar pusieron franceses, y Pio VI, que hubiera podido evitar una suerte tan funesta dirigiéndose hácia Nápoles, se vió en las manos de sus enemigos. Entonces fué cuando Berthier le hizo presentar por el general Cervoni la escarapela tricolor invitándole á que se adornara con aquella nueva insignia. El papa respondió: “No reconozco otro uniforme para mí, que aquel con que me ha honrado la Iglesia. Teneis todo poder sobre mi cuerpo, pero mi alma es superior á vuestros alcances. No necesito pension alguna. Un baston en lugar de báculo, y un toscó sayal bastan para el que debe espirar con el cilicio sobre la ceniza. Adoro la mano del Todopoderoso que castiga al pastor y al rebaño; podeis quemar y destruir las habitaciones de los vivos y las tumbas de los muertos, pero la religion es eterna: ella sobrevivirá á vosotros, así como ha existido antes que vosotros, y su reinado se perpetuará hasta la consumacion de los siglos.”

No se olvidaron los invasores de poner sello en el museo, las galerias y todos los monumentos preciosos que la república francesa se reservaba. Pio VI tenia motivos para esperar que le dejarian por lo menos su biblioteca particular que él mismo se habia formado y que desde muchos años habia sido su única distraccion; pero tambien se apoderaron de ella, así como de la del Vaticano, y una coleccion tan preciosa y rara, formada por el gusto mas esquisito, fué vendida, ó mejor, fué dada á un librero de Roma por la módica cantidad de doce mil escudos romanos. Ni el mismo gabinete del Pontífice se libró de las pesquisas de



los comisarios: abrieron sus bufetes y estantes, descerrajaron sus papeleras, y despues de registrarlo todo con la esperanza sin duda de encontrar oro ó alhajas, vieron que se habian engañado, pues solo encontraron vestidos y ropa blanca.

En una conferencia que el general Berthier tuvo con el papa, le habia asegurado que no se atentaria á su dignidad de Cabeza de la Iglesia; que si no era ya soberano de Roma, continuaria siendo su obispo, pues solo se le despojaba de su poder temporal; que el nuevo gobierno le aseguraria los medios de vivir con el decoro conveniente al rango que ocupaba, y podria sostener una guardia para seguridad de su persona. Pero no tardaron los comisionados franceses en reconocer cuánto perjudicaria al establecimiento de la nueva república romana la presencia del antiguo soberano. El respeto del pueblo hácia el sumo sacerdote de la religion católica podia obligarle de un momento á otro á confiar de nuevo sus intereses temporales al que consideraba como intérprete de las voluntades del cielo y órgano de los eternos decretos. Así es que decretaron el destierro y cautiverio del papa como medida que reclamaba el interés público, y se le intimó la orden de que se preparase á partir. Decian con innoble ironía, que supuesto que habia tenido aficion á los viajes, era preciso satisfacer su gusto. El primero, el único deseo del Pontífice era morir junto al sepulcro de los santos apóstoles: este es el único favor que pidió y le fué negado. El mismo calvinista suizo que habia notificado al papa el fin de su reinado, en vista de que habia desempeñado dignamente su primera comision, fué el encargado por segunda vez para comunicar á Pio VI la orden de su destierro. Orgullosa de tal mensaje, Haller se hizo introducir á la una de la tarde en la cámara en donde el Pontífice estaba comiendo, servido por algunos criados. "La república Romana os manda, le dijo, entregarme vuestros tesoros: entregádmelos al punto, al punto.— ¡Ay de mí! respondió el papa: el tratado de Tolentino no me ha dejado nada: no tengo tesoros que entregaros.—Con todo en vuestra mano veo dos hermosas sortijas."—El papa se sacó una de ellas y se la entregó diciendo: "no puedo daros más que esta, pues la otra debo entregarla á mi sucesor." No se dió por satisfecho Haller é insistió con altanería en que le diese la otra, que era precisamente el anillo del Pescador, que sirve de sello á todos los papas. El calvinista no hizo gran negocio con esta adquisicion, y lo que indudablemente prueba el poco valor de este anillo es que al dia siguiente se lo devolvieron al papa.

Al salir de la cámara pontificia Haller dijo á uno de los

prelados que habia en la antesala: "Aquí no necesitamos de él; os mando que vayais á decir al papa que esté dispuesto para marchar mañana á las seis de la mañana." Conternado el prelado, manifestó que no tenia valor para dar al papa tan triste noticia. Haller volvió á entrar en la cámara, y sin rodeos de ningun género se la comunicó. "Tengo ochenta y un años, contestó con dulzura Pio VI: hace dos meses que me hallaba abrumado de una enfermedad tan cruel, que á cada momento creia tocar mi hora postrera. ¿Cómo he de poder resistir en mi convalecencia las fatigas de un viaje? Mi deber me ata á este sitio: no puedo sin cometer un delito abandonar las funciones de mi ministerio, y por consiguiente debo morir aquí.—En cualquiera parte morireis del mismo modo: basta de razones y pretextos; si no marchais á buenas, se os obligará á la fuerza." Dicho esto el calvinista desapareció. El heróico valor que el papa habia opuesto hasta entonces á sus desgracias pareció ceder por un momento al rigor del golpe que acababa de abrumarle; y cuando se vió por algun tiempo solo con sus familiares, sucumbió al parecer al acceso de su dolor. Pero habiendo pasado á su cuarto y postrándose á los piés de un Crucifijo, recobró en la oracion las fuerzas que necesitaba para resistir á tan crueles persecuciones, y volvió á presentarse en su cuarto de hora despues con su calma y serenidad de constumbre. "Dios lo quiere, dijo tranquilamente, sometámonos con resignacion á sus decretos." Luego ocupándose esclusivamente de los asuntos de la Iglesia, empleó las cuarenta y ocho horas que debia permanecer aun en Roma en arreglar todo cuanto tenia relacion con su augusta ministerio y podia interesar á la religion. Pero la noche del 19 al 20 de febrero de 1798, que precedió á su partida, fué consagrada á la oracion, y luego hizo celebrar en su presencia el santo sacrificio. Aun no estaba concluida la misa, ni habia amanecido, cuando se presentaron unos soldados furiosos para arrancar de su palacio al Pontífice. Temian una conmocion popular si el dia naciente veia á Pio VI todavía en el Vaticano, en esta augusta morada de los Pontífices oyéronse en aquel momento blasfemias é imprecaciones. El venerable anciano no salia tan apriesa como lo deseaban sus verdugos: "¡Daos prisa!" gritaba el inexorable Haller, mientras el desventurado Pontífice, sostenido por algunos criados y con los ojos arrasados en lágrimas, dominado por los años y las enfermedades apenas podia moverse.

De este modo fué bárbaramente espulsado de su palacio y de su sede el pontífice Pio VI. Dícese que sus carceleros

ROMA.—P. 22.